

## Crítica a la crítica

Rodrigo de J. García Estrada

*Un mismo texto permite incontables interpretaciones: No hay una interpretación correcta.*

Nietzsche

En el anterior número de *Historia y Sociedad* el profesor Fernando Botero Herrera realizó una reseña crítica de mi libro *Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín. Cien años haciendo ciudad*, publicado en 1999 con motivo del centenario de dicha institución. No sobra decir que, para el suscrito, resulta halagador que su texto haya merecido la atención del mencionado profesor, de quien recibí algunas lecciones provechosas de historia urbana en la Universidad de Antioquia y en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

No obstante, atendiendo a la forma como plantea su reseña y con

miras a establecer una “respetuosa discusión de carácter académico”, considero pertinente y necesario responder a algunas de sus apreciaciones. Lo usual en nuestro empobrecido ambiente académico sería seguir trabajando, sin prestar atención a las críticas. Pero, creo que ese autismo intelectual nos tiene sumidos en el marasmo, así que plantearé algunas cuestiones a la reseña crítica.

El libro en tela de juicio es fruto de una investigación realizada con fines divulgativos y destinado, en primera instancia, a un público “lego en estas materias”, integrado en su mayoría por sus empleados, amigos, patrocinadores, instituciones y ciudadanía en general, a quienes conviene enterar de una gestión centenaria. Con este tipo de obras, las instituciones esperan obtener un reconocimiento social, el respaldo de

los sectores público y privado a sus labores y, en el caso de la Sociedad de Mejoras Públicas (S.M.P.), contribuir al sentido de identidad de los medellinenses. Los investigadores y especialistas de la historia constituyen, en estos casos, un público secundario.

La obra en cuestión es una historia institucional, y, por el público al que está destinada, conviene darle un tono narrativo, anecdótico y descriptivo. En el caso particular de la S.M.P., fue muy satisfactorio que sus directivas y empleados se hubieran sentado con el autor a comentar y conversar durante horas, para evaluar los logros y limitaciones del trabajo, con miras a su publicación. A pesar de que esto significó la mutilación de algunos apartes interesantes de la investigación.

La lectura crítica del profesor Botero, sin decir que esté equivocado, es una posición entre muchas, una interpretación particular, derivada de su concepción acerca del oficio de historiador, también una entre muchas posibles. En este tipo de discusiones es mejor partir del supuesto de que existen diferentes escuelas, maestros y tendencias en las ciencias sociales y en la historia. Desde mi punto de vista particular, considero que esa variedad es provechosa y, lo peor que podría pasarnos sería la imposición de una

sola escuela. La clío-diversidad observable en el mundo historiográfico francés, anglosajón, alemán, español y mexicano, con sus escuelas empiristas, marxistas y neoestructuralistas; con sus subdisciplinas y preferencias teóricas y metodológicas, me parece enriquecedora.

En el fondo de las críticas del profesor Botero existe una concepción particular en cuanto al "deber ser" del historiador, una postura que revela una opción teórica, epistemológica, metodológica y estilística. Por eso le molesta que la descripción resulte detallada y que se regodee en los vericuetos, "perdiéndose a menudo el propósito o hilo central". Empero, si en la historia hubiera una sola manera válida de presentar la información, cómo perdería en riqueza estilística nuestro oficio y qué monótono sería. Ese perderse en los vericuetos, recurso literario de muchos novelistas, quedaría vedado a los historiadores. Además, retomando el caso elegido por el profesor Botero, aquellas personas e investigadores interesados en conocer el papel jugado por la S. M. P. en la historia particular de uno de los servicios públicos, tendría que limitarse a unos juicios iluminadores de carácter general.

Siguiendo el orden de la reseña del profesor Botero, en la parte analítica y teórica, resulta extraño

que no haya entendido a qué me refería en el libro cuando acuñé el término “expresión corporativa”, o la manera como definí el concepto “elite”. No eran necesarias las eruditas alusiones a Pareto, Mosca, Michels, Wright Mills y Dahl. Al respecto, comparto con Georges Duby sus reproches a los excesos teóricos de algunos historiadores. Más aún, tratándose de un libro dirigido a un público amplio, en el que las digresiones teóricas pueden desanimar al lector común. Tampoco son necesarias anotaciones eruditas con respecto a términos como “masa”, “consenso”, “elite”, o cualquiera de los otros vocablos empleados. Eso sería olvidar que dichas nociones tienen su uso también en el habla cotidiana y que hasta tanto no se invente un lenguaje científico al estilo de esa especie de esperanto propuesto por R. Carnap —universal, neutral, unívoco, preciso y formalizado—, los profesionales de las ciencias sociales seguiremos utilizando las mismas palabras de la gente común y corriente. Por otra parte, los autores que menciona Botero en su invitación a la teoría, han resultado bastante certeros a la hora de definir el concepto y elaborar un análisis sincrónico de la sociedad, pero muy cuestionables cuando se trata de analizar procesos de cambio social.

Si somos coherentes con lo que plantea Botero en su reseña, cuando dice que lo definitivo de una elite es su posición en una estructura social, “desigualmente distribuida en términos de oportunidades en la sociedad”, resulta lógico preguntar por los procesos de movilidad social, que permiten un flujo permanente y un relevo de las elites al cabo de una o dos generaciones. Si lo que define las elites es la distribución desigual de la riqueza y el poder, ¿cómo es posible que no sean siempre las mismas personas y familias? Ahora, concedo que hago un manejo desabrochado del término “masa”, para contraponerlo a “elite”. ¿Qué término usaría el profesor Botero para ese conjunto social indiferenciado que es visto por la elite como un “otro”? No creo que la cuestión sea tan simple como acoger las definiciones de sociólogos y politólogos para ponerle una etiqueta a los procesos. Hace falta describir, analizar y comprender, y para ello las definiciones, que procuran fijar los objetos en el tiempo, pueden ser un estorbo.

Con respecto a la acusación de sostener una mirada tradicional y elitista de la historia, ello no pasa de una mera suposición sin fundamento. Y por el tono de la acusación sería de esperarse que el profesor Botero haya encontrado la posibilidad de hacer una historia sin indivi-

duos y sin elites. Lastimosamente, Botero prefiere emprenderla contra una afirmación moralista y subjetiva que el autor deja traslucir en la introducción, dirigida, no a historiadores y sociólogos, sino a líderes políticos y gremiales, que atiende más al uso político de la historia, que a las pretensiones asépticas de la academia. De esta manera Botero pretende mostrar fisuras “o algo más” en la estructura teórica del trabajo, cuando en realidad ni el mismo autor estaba enterado de que la tuviera.

La acusación que me hace de practicar una historia teleológica me parece difícil de probar. No creo que mis lectores hayan llegado a la misma conclusión. Cuando en el libro hago el recuento histórico de las prácticas asociativas de los antioqueños, intento elaborar un contexto, señalar unas condiciones de posibilidad que permiten entender el surgimiento y desarrollo de la entidad cívica en Antioquia. Es de anotar que la S.M.P. de Medellín alcanzó unas características peculiares que la distinguieron por mucho tiempo de las demás sociedades de mejoras creadas en el país en fechas posteriores, muchas de ellas según el modelo de la antioqueña. Señalar una larga tradición asociativa y cívica de los antioqueños no significa de ninguna manera sostener una explicación teleológica.

Sino entender una cosa: que sólo cambia lo que en alguna medida permanece. No es posible explicar una discontinuidad o ruptura, sin relación con una continuidad o permanencia. Porque de lo contrario, ¿sería una discontinuidad con respecto a qué?

Precisamente el libro en cuestión intenta señalar que, en una sociedad como la antioqueña, con una tradición asociativa y cívica desde la Colonia, una institución nueva encuentra un terreno más propicio para desarrollarse. Por ese motivo se entiende que en Medellín esa idea, traída de Bogotá —y no de Estados Unidos como afirma Botero—, haya logrado trascender la propuesta de “sociedad de embellecimiento”<sup>1</sup> y apuntar a otros fines, como la planeación, el medio ambiente, los servicios públicos y la cultura, entre otros. La crítica del profesor Botero es comprensible ya que en su libro se sobredimensiona el liderazgo de Ricardo Olano y se presenta una historia de la S.M.P. dependiente de este personaje, mientras que en la historia institucional escrita por el suscrito se trató de presentar una visión más plural de aquella. Como puede ob-

1. Fernando Botero Herrera, *Medellín, 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1996.

servarse, se trata de diferencias de interpretación.

En este punto es donde el profesor Botero permite observar mejor su concepción en torno al oficio de historiador. Según él, muchas de las afirmaciones expresadas en mi libro, entre otras, la relacionada con la tradición asociativa de los antioqueños, carecen de verificación o prueba (empírica o cualitativa). Luego, pasa a señalar que la afirmación sobre el origen de la institución “riñe con la verdad”. Dos objeciones surgen a ambos respectos.

En primer lugar, la pretendida verificación empírica de todos los enunciados científicos, pregonada por el positivismo lógico del Círculo de Viena, quedó fuera de lugar desde que Popper planteó su imposibilidad práctica. Un enunciado como el relacionado con las prácticas asociativas de los antioqueños no puede ser verificado empíricamente, ni es asequible a la percepción de los sentidos, pero sí puede ser el resultado de la interpretación de un historiador, sustentada en otros enunciados —no verdades—, o conjeturas, y susceptible de ser revisada. Eso desde el paradigma de cientificidad que se acoge al modelo nomológico deductivo, porque desde una concepción hermenéutica se trata de comprender y no tanto de explicar.

En segundo lugar, algunas afirmaciones del libro riñen con el punto de vista que se desprende de la investigación de Botero, que resalta la figura de Olano y la gestión urbanística de la S.M.P., énfasis en los que seguramente tuvieron mucho que ver sus hipótesis y sus fuentes. En mi caso, al momento de emprender la investigación no se trataba de repetir lo dicho por Botero en su libro, sino de elaborar una historia institucional y plantear nuevos elementos de juicio, para comprender la gestión global realizada por la S.M.P. en Medellín. Una revisión más exhaustiva de la documentación de esta entidad me llevó, en diversos aspectos, a un distanciamiento con respecto a lo planteado por aquél.

Es de resaltar que la mayor parte de las críticas de Botero se centran en la falta de demostración empírica, en la falta de pruebas para emitir una serie de afirmaciones. La otra parte se refiere a elaboraciones poco ortodoxas que el suscrito construye acerca de ciertos conceptos, o a interpretaciones personales basadas en pensadores como Hannah Arendt, Richard Sennet o George Duby. El profesor puede estar en desacuerdo con determinada interpretación, en la medida en que no coincida con la suya, pero no puede asegurar que un texto,

cualquiera que sea, en especial el de los filósofos, tenga una sola y "verdadera interpretación".

Pensar así sería afirmar que un poema, un cuento, una novela o un ensayo, sólo tienen una interpretación válida, y que esa es la que el autor quiso darle. De nuevo se trata de restar sentido, subjetividad y alteridad. Por tal motivo dice Botero, "sin duda el autor mal interpreta la idea original". Según este supuesto, habrían unas autoridades y unos exégetas a los que se les permite interpretar el verdadero sentido de los textos. ¿Esto cómo se llama? Lo que yo intento hacer cuando retomo los textos de aquellos pensadores no es otra cosa que encontrar elementos de interpretación y, en este sentido, procuro realizar una lectura creativa y no repetitiva, ni unívoca, de los mismos.

En la última parte de su reseña, Botero plantea una polémica que permite entablar un debate académico, cuando se refiere a la crítica que hago en mi libro a la tesis que él sostiene en su texto sobre Medellín, según la cual la visión negativa frente a la acción de los políticos que tenía la elite empresarial organizada en torno a la S.M.P., terminó por englobar también a la política en su acepción más amplia. En este punto mantengo mi posición, ya que, de la forma como veo el

asunto, el doctor Botero tiene una noción restringida del término "política". En su libro, la tesis aludida es reiterativa, pero empieza a desarrollarse a partir de la conversación entre Carlos E. Restrepo y Gonzalo Escobar en su camino de regreso de Bogotá, en la cual surge la idea de crear la S.M.P.

En su reseña, el profesor Botero defiende su tesis, para lo cual recurre otra vez a palabras de Ricardo Olano; con esto refuerza mi idea de que su visión de la historia de la entidad cívica está completamente "olanizada". Por otra parte, cuando Olano dice: "No se ve qué papel puede hacer un político en un Concejo Municipal", no podemos olvidar que son palabras de un político, tampoco que el fundador de la S.M.P., Carlos E. Restrepo, también lo fue, de lo contrario no se entendería cómo llegó a la Presidencia de la República. Además, la S.M.P. fue más que Olano. Así que, reitero, se trata de políticos criticando ciertas prácticas políticas y, sobre todo, la política partidista tradicional, al mismo tiempo que pregonan una nueva forma de realizar esta labor, de tal forma que fuera menos sectaria, más republicana y civilista. Pero, en este punto resulta pertinente preguntarle al profesor Botero, ¿cuándo utilizó el término "política", a qué se refería? Porque

no lo aclara. Si hubiera sido consecuente con sus exigencias de afinamiento conceptual, habría explicado mejor a qué política se refería.

Precisamente los ejemplos que el profesor Botero trae a cuento en su reseña, relativos a las listas propuestas por la S.M.P. para el Concejo, la alusión a los centros cívicos y a la muerte de Gaitán, refuerzan aún más mi posición. Queda claro que se trata de diferencias de interpretación y que una cosa es tener una visión "olanizada" de la S.M.P., como le ocurre a Botero y otra, observar, como es mi caso, la confluencia en dicha institución de diversas posturas políticas que se expresaban en sus distintos voceros. No se debe olvidar que en cualquier institución existe una "micropolítica", es decir, una lucha entre diversos individuos o grupos por la definición de políticas que sustenten sus relaciones con el entorno. Por ello, en sus distintas fases, la S.M.P. reflejó diversas visiones frente a la política, no sólo la de Olano. De tal manera que la ambigüedad misma del término "política" ha permitido que Botero y yo lleguemos a distintas interpretaciones en torno al papel y la visión sobre esta actividad en la historia de la S.M.P. No creo que se trate de una buena y una "mala interpretación", sino de dos puntos de vista diferentes.

No quisiera dejar de referirme a otra afirmación del doctor Botero en su reseña: "Los hombres en cada momento son lo que son y no corresponde al historiador leer sus discursos con los ojos de hoy, sino por el contrario intentar reconstruir como era su mentalidad, sin caer tampoco en la idea maniquea de buenos y malos, o algo así". ¡Qué no dirían sobre este tipo de afirmaciones un Croce, un Collingwood o un Bloch! Si la historia no se hiciera desde las preocupaciones y preguntas del presente, ¿qué clase de historia se hubiera escrito sobre Grecia o Roma?; ¿cómo podríamos llegar a reconocer ese nexo profundo e imperceptible con las generaciones y con las civilizaciones que nos precedieron?; ¿cómo reconstruir una mentalidad histórica si la miramos como una extraña?; ¿qué posibilidad tendremos de reconocerla y reconocernos en ella?

Ya para terminar, sólo quiero agregar que es lamentable que la reseña en cuestión se haya limitado a una serie de comentarios críticos, y que no haya visto nada de valor en el texto. Pareciera como si la indisposición que a su autor le causó la lectura de las primeras ochenta y nueve páginas —las únicas a las que se refiere en su reseña—, lo hubieran privado de la posibilidad de leer, y, sobre todo, de comprender las restantes doscientos cincuenta. De todas formas, gracias.